

primeros son hombres útiles; los segundos, cualquiera que sea su aparente respetabilidad, deben llamarse hombres sin conciencia.

Hay, por otro lado, personas de recta intención, víctimas de su educación, de sus infortunios ó de las acechanzas de la ambición y de la envidia, que empiezan muchas cosas buenas y no acaban ninguna; son como naves sin timón, abandonadas á merced de los vientos adversos, contra los cuales no pueden ceñir su marcha. Con disposición para el bien, esos acaban por causar el mal; sus proyectos se estrellan contra los menores obstáculos, y dan el triste ejemplo del trabajo perdido. No hay que alabar la testarudez, propia de los talentos obtusos, pero hay que escudar los buenos propósitos tras una voluntad de hierro; hay que ser perseverante.

Por fin, no faltan hombres que conociendo el bien y amándolo en el fondo de su conciencia, se doblegan ante el triunfo del mal para no perjudicar su propio bienestar. Son los fariseos de la vida, los que de noche seguían á Jesús y de día hacían la corte á Caifás. Son, en una palabra, los cobardes. Sobre su acatamiento descansa principalmente el poderío de los réprobos. Y no es que para servir al bien sea preciso pregonarlo siempre por las calles, ni armarse de punta en blanco en su defensa; requiérese únicamente valor cívico, aquel valor sereno de ningún modo reñido con la prudencia y la cortesía, aquel valor que solo nos obliga á no hablar contra nuestras convicciones y á no fingir amistad ni entusiasmo alguno por el malvado poderoso.

Cerrad desdeñosamente los oídos á todo consejo de despreocupación moral, de abandono ó de servilismo, que forman el trípode en que se asienta el mal.

Vosotros, jóvenes educandos del colegio Vilaret, casi camaradas míos, sobre cuyos destinos se cernerá largos años la obra de abnegación y de altruismo del que fué nuestro maestro común, empezais la carrera de la vida y teneis en perspectiva un mundo de afanes y de luchas. Moveros en él haciendo el mayor bien posible, curtiros en el combate sin renegar de la bandera, vencer los obstáculos que se opongan á vuestro camino, sin arrollar al prójimo: hé aquí el fin santo de la educación que recibis cuyo objeto exclusivo debe ser el bien. Vigilad y discutid vuestra propia conducta, y acordaos sin cesar de lo que os he dicho al principio: el menor de vuestros actos repercutirá para siempre en la marcha de la civilización y del progreso; la buena semilla que sembréis con vuestra probidad y vuestro trabajo ó la mala cizaña que dejéis en el campo de la familia humana, por insignificantes que los creáis, se perpetuarán y reproducirán al través de los siglos, y el tiempo, que hace olvidar los hechos más brillantes, que guadaña sin piedad pueblos y razas, que borrar~~a~~á de la historia